



*La reina ha llegado,
su legado ha sido desvelado.*

LA REINA DE LOS DRAGONES

Amanda Lake



Mina tiene un buen trabajo, pero su existencia es aburrida, prácticamente no tiene vida social. Se considera una chica del montón, en cambio su amiga, María, quizás su única amiga, es cualquier cosa menos eso: alta, espigada, guapa, arrogante... son tan diferentes que Mina tiene la sospecha que simplemente sale con ella para brillar con mucho más esplendor. Mina es una romántica empedernida y, a falta de una relación real, se refugia en las historias de amor que viven sus heroínas en unas películas que ha visionado cientos de veces. No obstante, en la oficina hay un chico nuevo, un Apolo americano, por el que Mina se siente muy atraída y cree, o quiere creer, que por su forma de actuar, quizás él también siente lo mismo por ella, solo que no lo expresa por timidez.

Mina vive en la casa que le dejó en herencia su tía, la única familia que ha tenido en toda su vida, sus padres, al parecer murieron en un accidente cuando era muy pequeña. Además de la casa y un pequeño capital que debe administrar muy bien, a Mina solo le queda el recuerdo de los numerosos países que visitó con ella, la multitud de museos y bibliotecas que recorrió y una infinidad de libros de todo tipo de materias que le hizo leer, pero jamás le habló de otros familiares, o de sus propios padres. Su tía era, sin duda, una mujer extraña pero muy culta. Siempre se comportó más como una maestra que como una tía, su única familia. Pero un día, la vida de Mina da un vuelco. Cuando disfrutaba de su media hora de descanso para el almuerzo en el pequeño parque que había frente a sus oficinas, un hombre de aspecto extraño la aborda y, postrándose de rodillas, le comunica que ha venido a por ella porque su pueblo la necesita. Mina huye aterrada, pero el extraño buscará otras ocasiones hasta conseguir que oiga todo lo que le tiene que decir. Solo puede ser un loco, no hay otra

explicación, pero como no parece ser peligroso accede a seguirle la corriente. Cuando quiere darse cuenta, es demasiado tarde. Mina está en un mundo muy diferente al suyo, y si en él era una chica «normalita» en este la frustración es aún mayor. Ellos esperaban a una reina majestuosa y solo ven ante sí a una joven vulgar. Mina, por su parte, se siente incapaz de hacer nada de lo que ellos saben hacer, así que todos parecen de acuerdo en que se ha cometido un lamentable error y que han traído a la mujer equivocada. ¿Todos? No. Alguien sabe con certeza que ella es realmente la que esperaban. ¿Pero podrá adaptarse Mina a ese mundo? ¿Será aceptada? ¿Cumplirá el papel que se le ha encomendado o se volverá a su mundo y a su insulso pero tranquilo papel de «chica del montón»?

PROYECTO SCRIPTORIUM

— 9º —

ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



*“más libros,
más libres”*


epublibre

El encuentro

Capítulo 1

Mina se despertó sobresaltada en su cama, estaba empapada en sudor y a pesar del calor, tenía la piel de gallina; otra vez la misma pesadilla. Una guerra, miles de personas yaciendo en un valle cubierto de barro y sangre; un hombre con sus manos taponando una herida mortal en el cuello que la miraba con grandes ojos marrones suplicando perdón. Encendió la lamparita verde de cerámica situada en la mesita de noche y se sentó apoyada en el cabecero de forja blanco mientras intentaba normalizar su respiración.

Llevaba un mes teniendo la misma pesadilla, recordaba perfectamente la primera vez que la tuvo. Fue el día en que cumplió veinte años, estuvo de fiesta hasta las cuatro de la madrugada y llegó muy cansada a su piso, tomó un vaso de té de vainilla y se acostó. Tan solo una hora después se despertó empapada en sudor y el cuerpo dolorido, lo achacó a la bebida, pero a día de hoy, ya no estaba segura de nada. Era siempre la misma visión, cada segundo, cada escena, cada rostro...

Esta no era la primera vez que un sueño se repetía; desde que era pequeña recordaba haber tenido la misma visión, tan a menudo, que formaba parte de ella: un gran dragón blanco, tan blanco que casi brillaba en la noche, con unos grandes ojos de color miel y unas enormes alas que acababan en unas garras curvadas. El animal volaba libre, siempre de noche y recorría grandes distancias sobre el mar, prados y montañas. Apenas hacía ruido al batir

las alas, se sentía libre, libre de verdad, como si nada pudiese detenerla. Mina se levantaba de buen humor, resultaba terapéutico. Esto jamás lo había comentado con nadie, ni siquiera con su tía, para ella era demasiado personal, algo íntimo, sensual y atrayente... O al menos lo sentía así.

Al día siguiente, pensó, llamaría a su amiga Marga, una compañera de universidad, a ella siempre se le había dado bien el tema de los sueños.

Fue a la cocina y se tomó un vaso de agua, miró el reloj: solo eran las dos de la madrugada, aún le quedaban cinco horas para dormir. Se tumbó boca arriba en la cama, mirando las pequeñas ondulaciones del techo, provocadas por un mal enyesado. Mina no podía dormir, tenía grabada en la mente cada herida percibida durante la pesadilla, incluso podía seguir oliendo la sangre, y ese hombre... su rostro le era tan familiar... podía describir cada línea, cada arruga de él. Un hombre fuerte, alto, con el rostro alargado y nariz aguileña, unos grandes ojos almendrados de color marrón oscuro, y el cabello salpicado de canas, su piel era de un dorado brillante y sus manos ásperas y ajadas por el tiempo, le era tan familiar... pero siempre le resultaba complicado recordar las caras, era muy despistada, pero estaba segura de conocerle.

Poco a poco sus ojos se fueron cerrando, el sueño la fue atrapando hasta que por fin se quedó dormida.

Esa mañana se despertó con *Cry Little Sister* de Sisters of Mercy, sería un buen día. Eso pensaba siempre que la radio la deleitaba despertándola con alguna canción que le gustara, y esta le entusiasmaba. Después de todo era la banda sonora de una de sus películas favoritas de los ochenta, Jóvenes Ocultos. Mina tenía especial pasión por las películas de los ochenta, y tenía una extensa colección en su salón.

Otros días debía abrir los ojos con alguna canción demasiado estridente o demasiado trillada, y acaba de mal

humor, odiaba de verdad esos días, pero este día pintaba realmente bien.

Como cada mañana, se dirigió hacia la ducha y se dispuso a tomar una con el agua muy caliente, casi hirviendo; no importaba cuanto calor hiciese, siempre lo hacía. Le encantaba la sensación de estar bajo el caño que masajeara su piel con la presión. Mientras dejaba que el agua cayese por sus hombros su mente comenzó a divagar. *«¿Quién es el hombre de mis sueños? Sé que lo conozco de algo, y su voz me resulta tremendamente familiar; estoy completamente segura de que me decía algo, aunque no logro recordar qué. Oh, ¡por Dios!, piensa Mina, piensa... tal vez alguien de mi infancia, tal vez alguna película... no, no es de una película y lo sabes, no seas idiota».*

Mina salió del baño y se puso el modelito que ya tenía preparado encima de la silla: vestido corto verde con sandalias de cuña amarillas a juego con el bolso. Sabía que no era una chica especialmente guapa o con un cuerpo despampanante, pero tenía su atractivo. Le sobraban unos kilos que era incapaz de perder, mayormente por su afición a las patatas fritas y a los frutos secos, pero tenía sentido del humor. Le encantaba arreglarse, sobre todo para ir al trabajo; allí había un chico que le gustaba, y aunque nunca habían hablado de ese tema, seguía teniendo esperanza.

Entró en la cocina rectangular y se preparó un zumo de naranja y zanahoria y unas tostadas con aceite. Siempre desayunaba en el salón, en la mesa marón que estaba entre el sofá y la televisión, ponía algún final romántico de su colección de películas y se deleitaba pensando que ella era la protagonista de esas escenas. Hoy había elegido Por Siempre Jamás, una de sus favoritas debido a la protagonista, una mujer fuerte y valerosa que no necesitaba un hombre que la salvara, pero llena de romanticismo al mismo tiempo. Esos eran los minutos más relajados que tenía al día, unos minutos para el romance, aunque fuera irreal.

A las ocho menos diez ya estaba en camino, cogía su coche y se dirigía al trabajo, normalmente no tardaba más de veinte minutos, pero siempre salía diez o quince minutos antes por si acaso, odiaba llegar tarde.

Mientras conducía su mente no dejaba de recordar las imágenes del sueño, intentaba pensar en ese hombre, sus ojos le resultaban tan familiares... ¿quién podía ser?

Cuando llegó al trabajo, Sam ya estaba allí tomándose un café. Sam era un atractivo joven americano llegado desde San Francisco, donde estaba la sede central de la compañía Probest Incorporated; el joven podía definirse como alto, delgado, rubio y con los ojos verdes, el típico guaperas por el que todas las féminas de la oficina suspiraban, y cómo no, a él le encantaba toda esa atención que las chicas le prestaban. Ella no era una excepción y se odiaba a sí misma por mostrarse tan claramente atraída por él.

—Buenos días Sam, ¿qué tal el fin de semana? —indagó Mina sin dejar de observarlo.

—¿Eh?, hola Mina, fantástico como siempre —respondió con una sonrisa pícaro—, este es un país perfecto para divertirse y conocer chicas, ya sabes —dijo mientras se tocaba el pelo y miraba hacia otro lado. Le encantaba alardear, sobre todo con ella, ni siquiera entendía porqué preguntaba cuando ya sabía la respuesta, ahora pensaba que tenía que haberse callado.

—Y tú, ¿qué tal? —preguntó él sin mucho interés, solo por cumplir.

—Bien, estuve en el cine viendo la peli que...

—Sí, sí, es estupendo —la interrumpió posando su vista en la puerta de entrada—, lo siento tengo que marcharme, ya nos vemos.

Se fue sin más, encaminándose hacia María que acababa de llegar; ella era todo lo que no era Mina: alta, delgada, elegante aunque un poco desagradable, sobre todo con sus compañeras. Era de esas mujeres con gran ambi-

ción, capaces de cualquier cosa por lograr su objetivo. María era el objeto de deseo de los hombres y el del odio de las mujeres.

A Mina, sin embargo, le caía bien, aunque sabía que no debía confiar según qué cosas a ella.

Sam se acercó a María para saludarla e interesarse por sus vivencias del fin de semana y esta le contestó distraídamente mientras se servía una taza de café sin azúcar, pero con leche desnatada.

—Sí, estuve en la fiesta de un amigo artista, exponía en una galería del centro —alardeó como siempre hacía— la verdad es que fue bastante animada y fue muchísima gente interesante... ¡eh Mina! —la llamó en seguida— ¿vas a desayunar? Espérame y vamos juntas, tengo muchas cosas que contarte. Bueno ya nos vemos, Sam. —Se despidió de él sin florituras.

Lo dejó allí plantado y se acercó a Mina. A ella siempre le había gustado la seguridad que demostraba en todo, se notaba en su manera de caminar, de hablar, de dirigirse a todo el mundo. No le sorprendía que todos los de la oficina babearan por su cuerpo, en especial Sam. María sin embargo no prestaba atención a ninguno de ellos, sus miras estaban algo más altas.

—¿Qué tal te ha ido el fin de semana cielo? —preguntó sin esperar una respuesta—. El mío ha sido realmente fantástico —presumió, mientras se arreglaba su pelo rubio perfectamente peinado con una raya al lado—, he conocido a un empresario realmente atractivo.

Mina sabía de sobra que cuando María decía atractivo, quería decir «rico». De todos los hombres con los que ella salía, solo recordaba uno cuyo sueldo no alcanzara las cinco cifras, y fue su primer novio, cuando iba al instituto.

—Conducía un BMW plateado, asientos de piel, ¡Dios! —Exclamó, gesticulando con las manos—, fue una velada mágica, se pasó toda la noche con su brazo rodeando mi cintura para que no me marchara y luego me subió en su

cochazo y me llevó a su apartamento –dijo parlotando sin dejar de gesticular–. Tiene un apartamento enorme y decorado con muebles carísimos y cuadros exclusivos por toda la casa, hicimos el amor en la cocina y luego en su habitación, grandísima con una tele de esas carísimas y un equipo de música del tamaño de mi cocina, fue maravilloso, y es tan atento, ¡imagínate, hoy me ha traído al trabajo! Me ha dicho que me llamaría mañana pues hoy sale de viaje de negocios hacia Paris... en fin y tú, ¿qué tal?? Seguro que te has quedado en casa aburrida como siempre, deberías venirte algún día conmigo, podrías maquillarte y quien sabe, a lo mejor consigo que eches un polvo –afirmó con cara de pena–, no con un rico, claro, ellos son muy exigentes, pero seguro que con algún chico como tú...

Mina sabía que María no podía evitar ser así, por lo tanto ni se molestaba en replicarle o enfadarse con ella, simplemente sonreía y esperaba a que acabase el monólogo.

–Ya sabes que eso no me interesa, además, sí que salí, fui al cine con Toni y Elisa.

–Salir con tu amigo gay y esa sosa de Elisa no es plan para un fin de semana, ¿cómo vas a encontrar a alguien? –preguntó exasperada por la pasividad de Mina–. En fin, me voy, ya hablamos a la hora de la comida –se despidió lanzando dos besos al aire.

María se marchó pasando por al lado de Sam y haciéndole un gesto con la mano parecido a una despedida, pero sin mirarle. Ese día Sam estaba guapísimo, pensó Mina, le encantaba cuando se ponía ese jersey de cuello alto negro, él sabía que vestir para estar radiante. El joven pasó por su lado casi sin mirarla y ella se sintió de nuevo extraña y lejana, su corazón se rompía un poquito más.



Maglor no había dormido en toda la noche, le fue imposible. Su misión era muy importante y sabía que no podía fallar, mucha gente dependía de su estrategia. No estaba seguro de lo que iba a hacer, le sería complicado pues ella llevaba demasiado tiempo fuera y seguramente no recordara nada, tendría que explicárselo todo desde el principio y eso le llevaría tiempo.

Maglor vestía con las ropas que Jorán le había proporcionado, bastante raras en su opinión; unos calzones de una tela gruesa de color claro y una especie de túnica corta a cuadros rojos. El calzado era aún más extraño, pero según le dijo el anciano debía vestir de esa manera para no asustarla; ya preparado, se dispuso a salir de su escondite para ir a buscar a la joven.

Jorán, antes de su partida, le hizo entrega de una brújula que señalaba exactamente el lugar dónde la princesa debía estar, por lo que no le sería complicado encontrarla. Maglor pasó la noche en un parque cercano a dónde marcaba la aguja, no era muy grande, pero le sirvió de refugio para resguardarse. Había pernoctado bajo una gran encina que olía un tanto extraño, como a comida podrida, pero era todo lo que lo encontró y no quería estar muy lejos de donde sabía que estaría ella. Tenía la esperanza de ser capaz de convencerla sin que le llevase mucho tiempo. Se quedaría ahí resguardado hasta que ella saliera.



A la hora de comer le apetecía estar sola, su mañana resultó ser bastante movidita por culpa de un cliente que no paraba de gritarle al teléfono debido a un pedido que no llegaba.

Probest Inc. se dedicaban a suministrar servicios; proporcionaban cualquier cosa que sus clientes necesitaran, grandes empresas sobre todo: desde materiales hasta empleados. Se encargaban de proveerles todo lo que les pidieran de modo que los clientes no tenían que preocuparse por nada más que por pagar, y de eso se encargaba Mina, de hablar con los clientes para comentarles productos, precios y condiciones. Odiaba su trabajo y también hablar por teléfono, sobre todo cuando le tocaba reclamar el dinero a los clientes, a nadie le gustaba abonar la factura y eso hacía más difícil su labor.

Pasó toda la mañana al teléfono hablando con el jefe de contabilidad del despacho de Luís Soto; siempre se quejaba de que algún pedido no había llegado a tiempo y por lo tanto debían hacerle una reducción de la factura, eran horas hablando con transportistas, almacenes, proveedores, etc., para luego volver a lidiar con Rodrigo Espinosa, sin duda el hombre más odioso que había sobre la tierra. No solo la trataba como basura, sino que siempre la insultaba y la menospreciaba. Realmente odiaba llamar a ese hombre, así que cuando llegó la hora de comer, lo que menos le apetecía era escuchar las aventuras sexuales de María y ver una vez más como Sam no paraba de mirar a su compañera y a ella la ignoraba como si fuese invisible.

Cogió su almuerzo y bajó en el ascensor hasta la planta baja, salió del edificio y cruzó la calle hasta llegar al parque que había enfrente; no era muy grande, pero tenía bancos bajo la sombra de enormes árboles centenarios cuyas raíces sobresalían dejando al descubierto laberintos de tentáculos marrones. A Mina le encantaba ese parque, a pesar del ruido de los coches. Era un trozo de Edén en mitad del tumulto; le encantaba sentarse allí a comer, sobre todo en los días de primavera como aquel. El banco estaba semioculto por la maleza y no pasaba mucha gen-

te, además siempre corría una brisa agradable que le mecía los cabellos como si le estuviesen acariciando.

Maglor se hallaba escondido entre unos árboles que le permitían ver sin dificultad la puerta por la que ella debía salir, se había mantenido así, vigilante durante horas, hasta que vio como salía y se dirigía hacia donde él se encontraba, pasó a escasos metros de él sin reparar de su presencia; vio como caminaba hacia un pequeño claro en el lado izquierdo del parque, justo entre unas encinas y un gome-ro, bajo el que se encontraba un banco de madera bastante viejo y ajado.

Una mueca de sorpresa se dibujó en el rostro de Maglor, ella no era como había imaginado; porte elegante: alta, esbelta, con ojos verdes y el cabello liso del color del trigo como Melisande, la reina y madre de la princesa. La mujer que tenía a escasos metros era de estatura media tirando a baja, el cabello negro y ondulado hasta los hombros y sus ojos almendrados eran del color de la miel. Tenía la nariz pequeña y sus labios desiguales, ni demasiado finos ni demasiado carnosos; tenía más parecido a Landros, el rey. A pesar de sus dudas tenía que ser ella, portaba el medallón de Melisande y solo ella podía llevarlo en el cuello sin que el metal forjado por los dragones le quemase.

Mina sacó su ensalada de pasta y una botella de agua, le encantaba la sensación de protección que sentía cuando estaba allí. Cerraba los ojos y se dejaba llevar por los aromas: césped recién cortado, madreSelva, azahar; y el inconfundible zumbido incesante de las abejas.

Un crujido la sacó de su ensimismamiento, giró la cabeza y vio acercarse a un hombre de aspecto extraño; al instante el individuo estaba de pie justo en frente de ella, a tan solo unos metros y mirándola con aspecto misterioso.

Mina se asustó y dio un respingo; ese hombre tenía la barba desaliñada y el pelo un tanto enmarañado, estaba

vestido con ropas un tanto raídas y pasadas de moda y la observaba fijamente. Mina se levantó enseguida presa del miedo y la incertidumbre, el hombre se arrodilló a modo de reverencia y habló.

–Majestad, debéis venir conmigo, es hora de que ocupéis vuestro lugar –manifestó mientras se mantenía de rodillas y la miraba directamente a los ojos.

Maglor vio terror en la joven que estaba frente a él, y supo con certeza que ella desconocía de qué le hablaba. Sería complicado convencerla de que lo acompañara y cruzara el portal, pero era de vital importancia que ella regresara a Inglorion con él.

Sin dejar que el extraño terminara de hablar Mina salió corriendo tirando la fiambrrera y la botella de agua, corriendo más rápido de lo que lo había hecho nunca, sin mirar atrás cruzó la calle y se metió en el edificio.

Él se quedó mirando como la mujer huía. Si ella era la futura reina, tenían mucho trabajo por delante. La joven corría como un animal herido y había temido que una de esas máquinas que echaban humo la golpearan al pasar cerca de ellas. Tendría que esperar a la próxima oportunidad y ser más cuidadoso con lo que decía, tal vez hacer notar su presencia de alguna manera para no asustarla, intentar acercarse de forma más amistosa. Sabía que su manera de abordarla no había sido la más adecuada pues no había mostrado ningún tacto, pero no volvería a cometer el mismo error.

El guardia del edificio, Eduardo, debió ver algo en su cara al entrar, ya que le preguntó si estaba bien. Mina le contestó un poco más calmada, que un vagabundo la había asustado, pero se zafó de él y comenzó a subir los escalones sin perder más tiempo en explicaciones que no tenía ganas de darle, además él insistía en llamar a la policía y a Mina eso le parecía una estupidez ya que el extraño del parque no le había hecho daño alguno. Este se dio la